

La normalización lingüística y las derechas gallegas

Artículo de Xesús Alonso Montero publicado en La Voz el 25-1-2016 (traducción amancio delgado)

Por lego que sea uno en cuanto a normalización, sabe que normalizar un idioma en un determinado territorio no unilingüe equivale a crear las condiciones para que ese idioma sea normal en todos los usos y registros de los distintos estamentos sociales y en todos los ámbitos geográficos y administrativos. Un idioma que no recupere una gran parte de esos espacios sociales y profesionales es un idioma de futuro muy problemático; de ahí que el compromiso y empeño de los pedagogos de la causa idiomática consideren normal un acto de lengua cuando, se emita donde se emita, no crea problemas de estimación en el emisor ni de estimación y comprensión en el receptor.

Como estamos —y estaremos durante tiempo— en una sociedad de clases, el gallego será un idioma normalizado, normal, cuando un registrador de Pontevedra, sea alcalde o no del país, hable en gallego con sus hijos y con su empleada de hogar y también, en el casino o en la plaza de toros, con sus colegas de profesión; también será síntoma de normalidad que la condesa de Pazos Outos alabe (gabe*) o critique el comportamiento de su empleada en galego y ésta, en el mismo idioma, reivindique una mejora de su breve salario: síntoma, obviamente de normalidad lingüística, no de otra cosa.

Ahora bien, ¿cuál es, hoy por hoy, en Galicia, el idioma habitual de las condesas y de los registradores y de otros hombres y mujeres inscribibles en este universo socioeconómico y cultural? De ahí que los pedagogos de la causa idiomática digan y repitan que estamos lejos de la normalidad, razón por la cual hay, en institutos, ayuntamientos, facultades, etcétera, comisiones de normalización lingüística. Normalizadores y pedagogos saben muy bien que, hoy por hoy, en determinados sectores de la derecha ahíta —o, simplemente, acomodada— la práctica lingüística se ejercita, dentro y fuera del hogar, en castellano, incluso en los hogares donde los hijos, alumnos o exalumnos de un instituto, leyeron y estudiaron a Rosalía, Castelao y Celso Emilio, y muchos de ellos serían capaces de conversar en gallego enxebre, incluso con infinitivo conjugado.

Dentro de la derecha —de las derechas, pues hay grados y matices— hay un sector, muy

numeroso y poderoso que es la derecha que se proclama católica, de la Iglesia, esa institución que, en lo esencial, nunca se comprometió, en serio, ni con el campo, ni con la lengua de los feligreses (¡honor al heroico grupo de Encrucillada y afines!) .

Pues bien, en esa derecha, inscrita cordialmente en el oficialismo eclesiástico, existe un grupo, el Opus Dei, que, desde hace un tiempo, emite signos inequívocos de galleguismo lingüístico. En Octubre de 2015, la editorial Follas Novas, de Santiago, publicó “Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer (en traducción de Araceli Filgueira Iglesias), volumen que recoge, además de una homilía, siete entrevistas aparecidas en medios tan eficaces como Le Figaro(1966), The New York Times (1966) y L’Osservatore Romano. La propia Araceli Filgueira tradujo, en 2013, en un gallego muy cuidado, magnífico, del mismo autor, el Santo Rosario (también en Follas Novas).

De 1991 es la biblia de este peculiar ideario católico, Camino, obra, como las anteriores, de José María Escrivá de Balaguer (1902-1975), fundador del Opus Dei en 1928. Tradujo este libro, este manual, constituido por 999 “consejos” o “consideraciones”, Luciano Armas, traducción que tuvo en cuenta, supongo, la editada, también por RIALP (Madrid), en la traducción del sacerdote de Lalín Armando Vázquez Crespo, de 1968, fecha en la que los textos religiosos en gallego eran muy escasos. Una nota preliminar de la edición de 1991 nos informa de que en el mundo existía, de “Camino”, cerca de cuatro millones de ejemplares, formulados en 38 idiomas, desde el castellano al esperanto, desde el hebreo al gaélico, desde el inglés al tagalo, desde el coreano al quechua, desde el japonés al maltés... Ya antes de 1968 “Camino” se había editado, en la España de Franco, en catalán y en euskera.

Sociólogos, filólogos e incluso politólogos deberían inclinarse sobre las páginas de la última edición gallega de “Camino” y preguntarse: ¿necesita el Opus Dei, en Galicia, hoy, hablar en gallego a militantes y simpatizantes de la Obra, en general personas de un universo sociocultural de castellanoparlantes y constituido por miembros que, en otras actividades, no se caracterizan por ser defensores a ultranza de la lengua gallega? ¿Qué significado tiene, para el Opus, ofrecer en gallego el manual de su ideario? Alguien puede pensar que es, en ellos, sólo un gesto simbólico.

Hace dos meses Araceli Filgueira y Jaime Cárdenas me visitaron en la Real Academia Gallega para donar, a nuestra biblioteca, los cuatro volúmenes mencionados en este artículo. Y los recibí con la actitud bibliográfica que la ocasión exigía: con gratitud. La misma que, en su día, tuve cuando nos donaron la traducción galega pionera del Quijote, hecha, antes de 1975, por el general franquista, de Ferrol, Juan Beceiro. Unos tres años antes, la Academia enriqueció sus fondos (editados e inéditos) con el legado de Xosé Antón Arxona, el hombre, en Galicia, de mejor formación marxista entre 1960 y 1970. La biblioteca de la Real Academia es, quizá, la mejor del mundo, como biblioteca gallega, porque se concibe, bibliográficamente, como una biblioteca sin fronteras.

Pero ¿el Opus Dei está comprometido con el galleguismo lingüístico? ¿está dispuesto a echar una mano en la tarea de normalizar la lengua gallega en la esfera sociocultural y práctica en la que se mueve a diario?